

# Memoria

Morera de Papel

Hace algunos meses que, en la ya olvidada casa de veraneo, escarbando entre libros viejos en cajas apilados, encontré, en el rincón más insospechado, un fajo de cartas.

*Querida Mariana.*

*Los diarios parisinos ya te habrán advertido de los hechos, fatales, trágicos. Te escribo no para recordarte lo que ya habrás leído sino para decirte que cuando me leas, yo ya estaré en Argentina. He decidido exiliarme, para así evitar cualquier tipo de malentendido.*

*Me han echado, me han desterrado. Me han dicho que huya lejos, a la frontera, que me fuera donde no estorbara. Tú, deja mis trajes en el armario, respeta mi lugar en el sofá, pues tengo la certeza de que pronto, volveré a casa, a mi hogar:*

*Ignacio.*

Ignacio era, sin duda lo era, él, el abuelo al que nunca vi, el abuelo de las historias de mi abuela y las fotos que, nostálgica, ella me enseñaba. Era esa figura tan presente y a la vez tan lejana, una figura que unía a la familia en torno a una historia, que se contaba en cada cena, en cualquier ocasión posible, una historia que tanto se repetía pero que nunca, hasta ahora, alcancé a comprender.

Acerca de Mariana, tuvo que abandonar la Sorbona, donde estudiaba química, a causa del nacimiento de su hija y la necesidad económica de su familia, viéndose obligada a asumir el papel que de ella se esperaba.

Sin más preámbulo, abrí otra carta y seguí leyendo.

*Querida Mariana.*

*Han pasado solo dos meses desde que Argentina me acogió, y aún añoro a España, te añoro a tí, a mis padres, a mis hermanos. Aquí soy un inmigrante, me lo recuerdan cuando busco trabajo o cuando compro en el kiosco. Me lo recuerdan cada instante de mi vida, me rechazan, no me dejan ser uno de ellos. Soy un inmigrante, en una tierra que no es mi tierra, y aún así los hay que no comprenden el dolor de ser desterrado, y se refieren a ti menospreciandote, te dicen que vienes a quitarles el trabajo. Perdonen señores, pero a mí, me han expulsado.*

*Dejando de lado mi situación.*

*Recibo con inmensa alegría la noticia de nuestra hija, aunque lamento enormemente no poder estar con ella cuando dé sus primeros pasos y formule su primera palabra. Espero, más pronto que tarde, poder verla, y decirle cuanto la quiero y cuanto pienso en ella.*

*Ignacio*

Poco a poco comenzaba a desentrañar la historia, comenzando a comprender porque la mera mención de nombre, Ignacio, despertaba lágrimas en mi abuela, porque él nunca volvió, porque nunca lo conocí. Abrí otra carta.

*Querida Mariana.*

*La situación se está tensando en Buenos Aires. Percibo una situación similar a la del 36, por lo que he decidido volver a emigrar. Me he hacinado en un tren dirección Colombia.*

*Ignacio.*

En efecto Ignacio acertó, pues, aún con el ya muerto, se perpetró un golpe de estado en Argentina. Muestra, de nuevo, de que la historia se repite.

*Querida Mariana.*

*Mi salud se deteriora. En un chequeo rutinario, me han detectado un agresivo cáncer en el estómago, me queda poco, no lo suficiente para ver a nuestra niña. Moriré lejos de mi tierra, moriré lejos de tí y de ella, pero espero morir sabiendo que viviréis libres, la vida que os queda.*

*Ignacio.*

Aquella niña de padre exiliado era Rafaela, mi madre. Ella se crio en condiciones paupérrimas en la posguerra, viviendo entre ratas y comiendo cáscaras, permitiéndose, de tiempo en tiempo, el lujo de no vestir harapos. Sus tíos, como su padre, o estaban muertos o en América, los hubo incluso, que se mataron entre sí.

*Querida Mariana.*

*Apenas puedo sostenerme en pie, el cáncer me está comiendo por dentro, dudo que me queden apenas unos meses. Mi último anhelo es morir con la certeza de que, cuando caiga la dictadura, que como yo está en sus últimas, valorarás lo que venga después, teniendo presente el por que de mi exilio.*

*No olvidéis porque no vuelan los pájaros, el porqué de los garrotes que lleváis, dictadura militar. No olvidéis que no hay que olvidar.*

*Ignacio.*

Cierto era que estaba en sus últimas, pues tan solo restaba una carta, y yo aún vacilaba respecto a abrirla. Finalmente, con determinación, extraje el contenido del sobre.

*Querida Mariana.*

*Esta es la última carta que os voy a escribir, no me queda tiempo para otra. Me repito, y lo sé, pero es la última voluntad que tengo, luchad por preservar la democracia que espero que tras Franco venga, valorad pues el libro, que recoja vuestra derecho a la libertad.*

*Hay que darle la importancia que se debe a la memoria histórica, pues del olvido, nace la tragedia. La historia tiende a repetirse.*

*Ignacio.*

No pude evitarlo, rompí a llorar tras terminar de leerlo. Duró el llanto un buen rato. Una vez hubo terminado, reflexioné.

Nuestra democracia, nuestros derechos, todo ello, depende de la Constitución. No lo valoramos, pero si podemos hablar sin cerrojos, usar urnas o directamente tenemos una educación, todo ello fue por un acuerdo histórico y el texto que derivó del mismo.

La Constitución no es solo un libro, una ley o como quieran llamarlo. La Constitución son nuestros derechos recogidos, un texto al que aferramos, un texto que nos permite ser libres y mantiene el régimen democrático, un texto que vela por nosotros, eso es la Constitución. Puede que, en nuestras ya acostumbradas vidas, no le demos la importancia que debe, en estos casos recordad, la historia de mi abuelo.